

Hacia una cultura de reconciliación y paz sostenible

RECONCILIACIÓN Y PAZ SOSTENIBLE DESDE LOS OPRIMIDOS

C O N F E R

Viernes, 17 de febrero de 2023, 12h. Centro Pastoral Maldonado

José Luis Segovia (Josito)

- I.- Una historia que parece volver atrás: la gran desvinculación
- II.- Los oprimidos como lugar de verdad, paz y reconciliación
- III.- El desafío de la sostenibilidad
- IV. Cultura del encuentro: marco para la reconciliación y la paz
- V.- Conclusión: Caminemos en esperanza

I.- LA HISTORIA PARECE VOLVER ATRÁS: “LA GRAN DESVINCULACIÓN”

Fratelli tutti titula su primer capítulo “Las sombras de un mundo cerrado”. Sombras. Cerrado. El panorama no puede ser más desolador. Pero si os releo los epígrafes del primer capítulo de *Laudato si*, titulado “Lo que le está pasando a nuestra casa”, la cosa no mejora nada: “Contaminación y cambio climático”, “La cuestión del agua”, “Pérdida de la biodiversidad”, “Deterioro de la calidad de vida humana y degradación social”, “Inequidad planetaria”, “La debilidad de las reacciones”. Vamos..., ¡para echar las campanas al vuelo!

Como es propio en la metodología que sigue este Papa en buena parte de sus documentos, principia siempre por el momento del “ver”, el momento analítico-descriptivo; y esto solo es posible afrontando de cara los conflictos y el mal. Es un método idóneo porque presupone que el mundo, el libro de naturaleza y el de la historia, el anhelo de los mejor de los hombres y mujeres que habitan esta tierra y, particularmente, el clamor de los pobres es, propia y verdaderamente, “lugares de Dios”. Son lugares teologales. Esto supone que no cabe experiencia de Dios, al menos del Dios que se revela en Cristo, de espaldas al sufrimiento, al dolor y al fracaso del mundo. Tampoco eludiendo los conflictos.

Por eso, ese “ver” permite contemplar lo que el mundo tiene de sueño de Dios y lo que contiene de pesadilla. Sin embargo, los ojos de la fe, si se trata de una fe recia y encarnada, precisan partir de la cruda realidad, la que se escribe con la sangre de las víctimas de las guerras o de los terremotos, o con el dolor y la impotencia del paro, la explotación laboral o con el ninguneo hacia la situación de irregularidad administrativa a la que sometemos a millares de hermanos y hermanas nuestros sin citas, sin derechos, inexistentes para las

administraciones de todos los niveles y colores políticos, por citar solo algunas de la situaciones a las que no nos debemos acostumbrar.

Afortunadamente, la mirada de fe y la compasión con que se acerca a las personas descartadas permiten al Papa Francisco, en la aún poco estrenada *Evangelii gaudium*, hablar con un tono muy distinto: “La alegría del Evangelio”, “Alegría que se renueva y se comunica”, “La dulce y confortadora alegría de evangelizar”, “Una eterna novedad”, por mencionar solo los primeros epígrafes.

Pero antes de esponjarnos el alma, detengámonos un momento en algunos rasgos de nuestro momento que atentan contra la reconciliación y la paz. Se resumen en la afirmación de *Fratelli tutti* 11: “La historia da muestras de estar volviendo atrás”.

En efecto, el papa pasa revista a “sueños que se rompen en pedazos”, como “el sueño de una Europa unidad, capaz de reconocer raíces comunes y de alegrarse con la diversidad que la habita” (FT 10) o “el anhelo de integración latinoamericana” o “los intentos de pacificación en otros países y naciones” (id.). Frente a este anhelo de décadas, Europa aparece fragmentada, dividida con intereses contrapuestos, con avances notables en cuanto a la Europa de los mercaderes o de los militares, pero no en lo que concierne a la Europa de los ciudadanos. Está cada vez más alejada del ideal de una Europa capaz de ahondar en sus raíces para renovar la síntesis entre Grecia (el logos y la racionalidad), Roma (la lex y el Derecho) y Jerusalén (la religión y la compasión): una Europa abierta, hospitalaria, partera y cuna de los derechos humanos y del humanismo cristiano.

La actividad política, fuertemente crispada y polarizada, se ve fagocitada por el mundo de la economía y las finanzas que dividen y dualizan la sociedad. También por una lógica perversa, obsesionada por conseguir y consolidarse en el poder. El dilema de una parte no despreciable de la ciudadanía ante las elecciones es responderse a cuál es el mal menor, y acabar votando a quien provoque menos revulsión.

Por otra parte, la ausencia de grandes proyectos compartidos hace que domine la lógica de los “ismos”, que traducen siempre un orden de intereses bajo el imperio de lo que el VIII Informe Foessa¹ llama plásticamente “la gran desvinculación”.

En efecto, la desvinculación, la falta de lazos, alianzas, consensos, afiliaciones y pertenencias hacen que falle la viga maestra de la cohesión social que permite una convivencia sostenible. Afecta a diversas esferas de nuestra vida. Estamos “des-religados”, con un indiferentismo generalizado hacia lo religioso, incluso a veces con un secularismo militante que considera a Dios, en el mejor de los casos, como algo a ser conservado en la lata de la intimidad personal, sin ninguna trascendencia pública. Ello explica los intentos en nuestro país de reducir la libertad religiosa a mera libertad de conciencia (con espacios cada vez más raquíticos para objetar).

Estamos también “des-vinculados” de los dos existenciales que forjan nuestra identidad y nos dan consistencia: el espacio y el tiempo. La aldea global está muy bien para muchas cosas, pero diluye nuestro sentimiento de pertenencia que reacciona con vuelta a identidades cerradas, localistas y tribales como medio de repliegue y autodefensa.

¹ Además del FOESSA, cf. Informe ESPAÑA de la Catedra Martín Patino de la Cultura del Encuentro de UPCO y los estudios *Jóvenes Españoles entre dos siglos* (2017) y *Jóvenes españoles 2021. Ser joven en tiempos de pandemia* (2021). Además el recentísimo de FUNCAS (V. Pérez-Díaz y J.C. Rodríguez). *Cuarenta años después: sociedad civil española, de un primer impulso a una larga pausa*, Madrid, 2020.

Por otra parte, vivimos un presentismo galopante e individualista en el que queremos satisfacer los deseos “aquí, ahora y ya”. Ello nos impide aprender del pasado, valorar las tradiciones, acoger lo que hicieron otros antes de nosotros. Eso lleva a lo que Francisco, primero, y los obispos españoles más recientemente han denominado “deconstrucción”: en el fondo supone actuar al modo de la herejía de Marción: el AT ya no existe. Es el llamado “adanismo”. Todo empieza a existir conmigo. No hay pasado o cuando se reivindica es para hacer una lectura selectiva e interesada del mismo. Peor aún: algo parecido acontece con el futuro. Para que haya un futuro digno de tal nombre es precisa la categoría de proyecto: un trabajo digno y estable para toda la vida o el acceso a una vivienda constituyen elementos imprescindibles. Eso ha desaparecido del horizonte. “No estamos en una sociedad fordista, donde el trabajo era monótono, pero seguro”. Ya no hay nada seguro. La vinculación entre el trabajador, el trabajo y la empresa se ha hecho añicos. No solo se multiplican las subcontratas de las subcontratas de las subcontratas, es que ya no existe el “nosotros”, el “nuestros productos” del que se afanaban los trabajadores de cualquier fábrica hace unas cuantas décadas. Ahora, los CV se construyen a base de una ristra de sucesivos trabajos de poca duración y mínimo sueldo, salpicados con periodos de desempleo o de un empleo precario que no aseguran el acceso a una vida digna y a otros derechos sociales y económicos.

Y con la desvinculación la desafiliación: nuestros, cada vez menos numerosos, cachorros están dotados de tecnología punta en muchos casos, pero carecen de padre, madre o perrito que les ladre. Están muy interconectados, pero se encuentran menos acompañados que nunca. Aunque tengan padre y madre, parecen huérfanos, forzosamente habituados a la soledad y al individualismo competitivo. Fiscalía de menores detecta un creciente número de padres que piden ayuda porque no se hacen con sus hijos, Crece el número de adolescentes que se incorporan a las bandas urbanas como espacio en el que sentirse valorados, acompañados y queridos por unos pares que otorgan reconocimiento e identidad aun a costa de hacer las mayores barbaridades para contar con su aprobación.

Y no podemos extendernos en otros aspectos, pero no es pequeña la crisis antropológica. Benedicto XVI, en su encíclica *Caritas in veritate*, afirmó que la cuestión social es hoy básicamente una cuestión antropológica. El orden del “ser” se ve sustituido por el “me siento”, correlato de la confusión entre las “necesidades humanas”, que son intemporales y finitas, idénticas en cualquier lugar y cuyo satisfactor son los derechos, y “los deseos”, que son infinitos, contextuales, subjetivos y no dan lugar a derechos. Amén de la concurrencia de “intereses” cada vez más poderosos que penetran en nuestra cultura. Las últimas leyes aprobadas, en particular la del aborto y la trans son exponente de esta filosofía. En su momento, olvidamos la historia y absolutizamos la naturaleza; ahora hacemos justo lo contrario.

En *“Fieles al envío misionero. Aproximación al contexto actual y marco eclesial: orientaciones pastorales y líneas de acción para la Conferencia Episcopal Española (2021-2025), Edice, Madrid, 2021*, los obispos españoles señalan que “nos encontramos ante una gran mutación social que tiene como causa profunda una **sociedad desvinculada**, desordenada e insegura en la que crece la **desconfianza** y el **enfrentamiento**”. Continúan señalando que la revolución tecnológica, basada en los datos entregados por los usuarios digitales y la inteligencia artificial hace emerger lo que algunos llaman un *capitalismo moralista* que no solo regula producción y el consumo sino que impone valores y estilos de vida... Otros hablan del *capitalismo de la vigilancia* en el que la inteligencia artificial conoce nuestro perfil y sabe lo que deseamos y nos falta.

Por eso, los vínculos sociales se debilitan y se sustituyen por el *enjambre digital*²: la comunidad digital es la suma de individualidades aisladas que nunca constituyen un nosotros. Hay enjambre, pero no pueblo. Bauman habla de “la liquidez”, nota de los tiempos actuales, ayunos de la solidez del orden de los principios. Tiempos líquidos, sociedad líquida, amor líquido, ser humano líquidos. Todo es movimiento, fluido, flujo sin raíces... Somos ciudadanos del mundo pero sin un lugar concreto al que sentirnos apegados... Parménides afirmaba: “todo fluye”.

El debilitamiento de vínculos genera desconfianza hacia las mediaciones institucionales (políticas, religiosas, sociales...), afecta a las relaciones interpersonales y acaba carcomiendo el futuro colectivo, la propia autoestima... La mentalidad capitalista sustituye las alianzas por meros contratos (p.e. el matrimonio contrato libre y temporal entre individuos) y provoca un giro individualista donde la persona es reducida a individuo racional y egoísta susceptible de elecciones diversas con un coste de oportunidad. Lamentablemente, esta concepción ultraliberal e individualista se ha trasladado a buena parte de los manuales de macro y microeconomía que se estudian en la inmensa mayoría de las universidades (también de la Iglesia).

Necesitamos un “nosotros” que integre a los otros (cf. FT 35), supere al “yo”, permita emerger el “tú” y le deje espacio a “Él” con mayúscula. Esa es la condición de posibilidad del tema que nos ocupa. Si no nos re-vinculamos comunitariamente, no puede haber paz ni reconciliación sostenibles.

II.- DESDE LOS OPRIMIDOS: LUGAR DE VERDAD, PAZ Y RECONCILIACIÓN

Hemos hecho una somera descripción de algunos fenómenos propios de nuestra época que evocábamos bajo el paraguas de “la gran desvinculación”.

Lo cierto es que esa desvinculación adquiere un especial dramatismo cuando se piensa y, sobre todo se vive, desde el lado de los oprimidos, desde las víctimas, las personas descartadas y excluidas, aquellas que sufren la violación, escandalosa por evitable, de su dignidad.

Lo primero que hay que afirmar con toda contundencia es que la perspectiva DESDE LOS OPRIMIDOS deviene en absolutamente inexcusable. No puede haber paz, no puede haber reconciliación sostenible sin el concurso de todos los actores y, particularmente, de las víctimas y descartadas de nuestra sociedad.

De este modo, las personas vulnerables, los pobres, los *anawin* en lenguaje bíblico, constituyen no un lugar sino “el” lugar, no solo teologal y experiencial, sino también de verdad para toda reflexión y praxis que pretenda avanzar hacia una sociedad más justa y reconciliada.

Y esto es así porque, por una parte, desde el punto de vista epistemológico, las personas descartadas constituyen un **lugar irremplazable de verdad**. No hay verdad sin la perspectiva que aportan las bajuras de la historia y de la sociedad. Desde las urbanizaciones de lujo no es fácil vislumbrar las periferias, pero desde las periferias se

² Cf. BYUNG-CHUL-HAN, *En el enjambre*, Herder, Barcelona, 2016.

contempla la totalidad de una realidad, escandalosamente transida por la desigualdad. Por eso hay que ponerse las gafas y meterse en los zapatos de las personas que sufren la exclusión social. De otro modo, en nuestras grandes urbes, cada vez más dualizadas, es perfectamente posible, sin ninguna mala voluntad, vivir al margen pobreza y la exclusión. Para muchas personas, realidades como las de Cañada Real Galiana con 3 años sin luz y centenares de niños en situación precaria son inimaginables en un país del Primer Mundo y en una ciudad como Madrid. ¡Pues vaya si existen!

Así, el “territorio existencial” (término acuñado en un documento de la Sana Sede sobre las parroquias³) de los oprimidos es fundamental para construir una narrativa objetivamente creíble. Las víctimas crucificadas introducen la necesaria “*reserva absoluta de verdad*” (Sobrino) frente a toda suerte de relativismo y formulan un imperativo de exigencia ética de coherencia. Se trata de *un ámbito de verdad insobornable*. Si hay que hablar de la verdad del ser humano, ésta se historiza como mujer no occidental, con cargas familiares y en precariedad total. Esto supone que el referente geográfico ha de ser el **sistema mundo** y no un espacio social privilegiado desde el que se fantasean pretensiones de validez formal universalista. Sólo desde las bajuras se pueden mantener pretensiones de universalidad, se devuelven al lugar natural las más hondas preferencias de Jesús y se otorga sacramentalidad y significatividad a la densificación de lo humano. Para la fe, el compromiso con la exclusión, el desde los oprimidos, supone la auténtica “prueba del algodón” que verifica la credibilidad objetiva de la verdad. En ese sentido, los pobres gozan del privilegio hermenéutico y epistemológico de desenmascarar, desmitificar, des-ocultar, visibilizar la cruda verdad y desmontar las mentiras y la ocultación de la verdad con la injusticia (Pablo en Rom 20 *dixit*). Por eso, con Reyes Mate, el sufrimiento es condición de la verdad; consiguientemente, las víctimas tienen algo de revelación y de don. Además, de “*ecce homo*” son también “zarza ardiente”, evocación y revelación del Otro más radicalmente otro y del misterio inefable de nuestra existencia.⁴

Se trata de asumir que el *otro* que irrumpe con autoridad, la autoridad del sufrimiento,⁵ nos descoloca. Su rostro concreto, con nombre y apellidos, historia personal y expectativas nos obliga a repensarlo todo. Por ello, el concurso de los oprimidos es fundamental para la paz y la reconciliación. No puede haber paz sostenible sin que comparezcan las víctimas y sin que hayan sido escuchadas y acogidas, y se haya colmado un camino en el que resultan inexcusables; primero, **la verdad** (porque el bien y el mal no son intercambiables), después **la justicia** (porque uno es la víctima y otro el agresor, y que ajustar: dar a cada uno “lo suyo”) y finalmente, en su caso, **el perdón y la reconciliación**, que en todo caso es supererogatoria, es decir, optable y nunca obligatorio. Volveré sobre ello.

Naturalmente, en un proceso de reconciliación la condición victimal es sagrada, pero eso no otorga por sí mismo la plenitud de la razón a la víctima. Sus razones tienen que ser articuladas con otros elementos. Por ejemplo, no es buena idea que sean las asociaciones de víctimas sean las que dirijan la política criminal de un gobierno o marquen los criterios

³ Instrucción *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia* a cargo de la Congregación para el Clero, 20.07.2020.

⁴ Cf. J. J. SÁNCHEZ BERNAL, “El crucificado: memoria de las víctimas”: *Vida nueva* 2559 (2007) pp. 24-27.

⁵ Cf. F. BÁRCENA y otros, *Autoridad del sufrimiento: preguntas del hombre silencio de Dios*, Barcelona, 2004.

para la reinserción social de las personas penadas. Desde luego tampoco sería sensato que lo hiciera el sindicato de presos. Caigamos en la cuenta de las dificultades metodológicas que tiene la aparente contradicción de conceder el privilegio epistemológico y el principio de parcialidad en favor de los oprimidos, pero, al mismo tiempo, considerar que las víctimas por ser tales no ostentan la plenitud de la verdad. En suma, también ellas necesitan caminar con otros para encontrar la verdad. Es aquello de Gadamer: “la verdad siempre se busca con otros”.

En otro orden, tomarse la molestia de identificar la existencia de personas oprimidas o excluidas, sin futuro o con un futuro incierto, obliga a tener que detectar mecanismos generadores de opresión, exclusión o ceguera ante el futuro: el modelo liberal individualista, la precarización del trabajo, la pretensión de configurar una cultura monolítica desde la política.

Por otra parte, frente a los conflictos clásicos en los que hay una víctima y un victimario que tratan de sanar y pacificarse, la reconciliación estructural remite a que hay también instituciones (partidos políticos, la Iglesia, una Congregación) y estructuras que deben concurrir al diálogo y el encuentro con buena disposición para modificar algunos de sus *a priori* si quieren realmente servir a la causa de la reconciliación. En muchos casos, hay que asumir que, además de “dos partes” confrontadas (víctima y agresor), existen también “relaciones” que debe ser cuestionadas (por ejemplo el prevalimiento clerical o determinadas formas de autoritarismo en los abusos de poder, conciencia y sexuales en la Iglesia)⁶. Ello requiere que las Instituciones eclesiales hagan autocrítica de los factores de facilitación o encubrimiento del delito. Asimismo reclama su concurso en los procesos restaurativos que han de ser necesariamente a tres bandas: víctima-agresor/a-Institución⁷.

III.- LA SOSTENIBILIDAD COMO DESAFÍO

La cuestión de la sostenibilidad correlaciona con dos variables: de una parte, el transcurso del tiempo, especialmente la consideración del futuro y de las generaciones venideras; de otra parte, hace referencia a un recurso, como la paz, que es muy frágil y precario.

El principio de sostenibilidad se difundió con motivo de la Comisión Brundtland que emitió el informe “Nuestro futuro común” (1987) para la ONU, en el que ponía de manifiesto que el Desarrollo sostenible es aquel que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer idéntico derecho a las generaciones venideras y como el modelo de crecimiento económico ilimitado chocaba con la realidad limitada del planeta Tierra.

Supone introducir lo que Hans Jonas ha llamado “el principio de responsabilidad”. Introduce una orientación al futuro y a la responsabilidad entendida como deber de responder, frente al modelo más judeocristiano de centramiento en la responsabilidad como imputación de la culpa por un mal realizado en el pasado.

⁶ Cf. J.L. SEGOVIA-ANÓNIMO- J. BARBERO, *Víctimas de la Iglesia. Relato de un camino de sanación*, PPC, Madrid, 2022 (ed. renovada).

⁷ Cf. J. RÍOS- C. HERRERA, *Abusos sexuales en la Iglesia Católica. Un enfoque sistémico desde la experiencia en justicia restaurativa*, Comares, Granada, 2023.

Poner en relación este principio de sostenibilidad con la paz y la reconciliación es lo que hemos de acometer ahora. Quizá los documentos eclesiales más explícitos sean la *Gaudium et spes* y la *Pacem in terris*⁸. En ambos casos se apunta a lo que el salmo 84 había proclamado: “La justicia y la paz se besan”. En efecto, en frase en su época bien conocida: “La paz es obra de la justicia”. En efecto, “**la paz** no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una hegemonía despótica, sino que con toda exactitud y propiedad se llama **obra de la justicia** (Is 32, 7)” (GS 76).

La paz duradera, un proceso de reconciliación que no se cierre en falso, solo son sostenibles y duraderos si se asientan en algo vivido por las partes como realmente justo, esto es “ajustado” a sus razonables expectativas. Ello implica que las partes se hayan sentido acogidas, escuchadas, reconocidas y, en la medida de lo posible, sus demandas atendidas. No hay paz ni reconciliación que 100 años dure si se asienta exclusivamente en la fuerza o el dominio de uno sobre otro.

La verdad, la justicia, el amor y la libertad son los fundamentos de la convivencia humana para la *Pacem in terris* y la mejor garantía de la permanencia de la paz, de esa *Pax perpetua* que soñaba I. Kant (cf. PT 35 ss.).

Se trata de una paz que se asiente en la verdad, despojada de la mentira, que no eluda las responsabilidades, ponga nombre, detalle circunstancias y hable con verdad a cada uno pues todos somos miembros unos de otros, mutuamente implicados en los conflictos (cf. Ef 4,25).

Es también una paz que reclama que *se haga justicia*: necesita gestos formales de justicia, respeto a los derechos ajenos, validación del relato de las víctimas y una cierta publicidad de lo ajustado.

Amar es sentir como propias las necesidades del prójimo, la petición de explicaciones, de preguntar por los detalles de lo sucedido... En los encuentros restaurativos entre ex miembros de ETA y víctimas del terrorismo⁹ se multiplicaban preguntas como: “¿Brindasteis con champán después de matar a mi marido?”, “¿Lo habríais matado igualmente si yo le hubiera acompañado?”. Buscan iluminar sombras de ignorancia que contribuyan a “explicar” una pérdida injusta y trágica. También borrar irracionales sentimientos de culpa. En cualquier caso, la verdad sana y hace libres. Tanto al que la acoge como al que la reconoce, en los dos casos con un inmenso dolor.

Por su parte Paul Lederach¹⁰, señala que para construir la paz sostenible hacen falta al menos 3 cosas: voluntad, herramientas y proyecto. Afortunadamente las tres son cultivables. A su vez, en su visión de la reconciliación sostenible, incluye **tres ejes**. El

⁸ Juan XXIII en *Pacem in terris* 127 formula un ideal de paz de gran fibra profética que enseguida se tradujo con rebajas: “*E cuasi impossibile pensare*” se escribió en italiano vs. el original en latín: “*alienum est a ratione*”. Aunque los padres conciliares la escondieron como simple nota a pie de página en *Gaudium et spes* 80, Francisco la ha recuperado con toda su radicalidad en *Fratelli tutti* 260 al tratar “la injusticia de la guerra”.

⁹ Cf. E. PASCUAL (coord.), *Los ojos del otro. Encuentros restaurativos entre víctimas y ex miembros de ETA*, Sal Terrae, Santander, 2013, 2ª ed.

¹⁰ Profesor universitario estadounidense, fundador del *Center for Justice and Peacebuilding*. Ha participado en procesos de paz de Somalia, Irlanda del Norte, Colombia y Nepal. Cf. P. LEDERACH, *Construyendo la paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas*, Bakeaz, Gernika Gogoratuz, 1998.

primero es de los *actores*. En él distingue tres niveles que van desde los pocos que mandan más en la sociedad, pasando por las inmensas mayorías en el nivel intermedio, y acabando con los que no cuentan. Un segundo eje se refiere al *calado* con el que se trata el conflicto: puede centrarse solo en el conflicto más evidente y visible o profundizar en los subsistemas estructurales del entorno del conflicto. Finalmente, el tercer nivel tiene que ver con el *tiempo*, trabajándose el corto, el medio y el largo plazo. Esto es válido para los conflictos de estructuras grupales tanto grandes como pequeñas.

Frente a la dialéctica negativa, que insiste en la violencia como partera de la historia y la lucha y la confrontación de clases que propugna el marxismo, aquí hablamos de la reconciliación como espacio de encuentro **-Locus-** y elemento orientador **-Focus-**. Mientras el marxismo resalta la importancia de las bases sociales y del poder institucional, el nivel bajo y el alto, aquí se resalta el poder de nivel intermedio: una forma de poder difuso basado en las relaciones y en los contactos, en el papel mediador no coactivo que trabaja en la reconciliación y en la paz en todo el tejido social: parroquias, colegios, asociaciones, movimientos vecinales, clubes deportivos...

Cuatro conceptos son básicos para Lederach: *verdad, misericordia, justicia y paz*: los cuatro construyen la reconciliación. En el fondo no es tan diferente de la propuesta de itinerario que formulaba Jon Sobrino pensando en El Salvador: *la verdad, la justicia y el perdón*. En todo caso, la reconciliación sugiere que la salida a las paradojas en que ubica el conflicto consiste en **aceptar no una sino dos fuentes** de energías: el futuro se construye con un nosotros plural, diverso, ubicado en concepciones divergentes. Lo sublime es que la reconciliación acepta la paradoja y se produce no solo “a pesar” de ella, sino gracias a ella. El otro no es un problema sino condición de posibilidad de la solución.

IV.- CULTURA DEL ENCUENTRO: ESPACIO PARA LA RECONCILIACION Y LA PAZ

Una de las aportaciones no solo teórica sino práctica del Papa Francisco es la idea de la cultura del encuentro. No es una algo originalmente suyo. Muchos años atrás, san Pablo VI en la encíclica olvidada *Ecclesiam suam* había consagrado la idea del diálogo y el espacio de encuentro entre todos. Llegó a definir a la Iglesia como coloquio. En efecto, la dinámica de la Revelación es un dialogo amoroso de Dios con los seres humanos. Se intensifica singularísimamente con Cristo, Verbo de Dios que acampa en medio de nosotros. Por su parte, la Iglesia es la prolongadora de esa Palabra en todos los tiempos y en todos los continentes. Así la categoría de encuentro deviene sacramental: todo encuentro es un eco del encuentro primigenio entre Dios y cada persona; supone la respuesta a la naturaleza comunal del ser humano, que es propiamente un ser para el encuentro con el otro.

El diálogo es el instrumento a través del cual se vale la cultura del encuentro para generar espacios de paz y reconciliación. Generar esa cultura del encuentro, capaz de suscitar espacios para la reconciliación y la paz, reclama varias exigencias:

A) Por una parte, es preciso presuponer algo fundamental: la **no demonización del otro**. El no reducirle a categoría de objeto y reconocer su rostro. El rostro del otro, del diferente, con Lévinas, tiene algo de absoluto. En efecto, en clave creyente, el otro cuanto más “otro” sea, cuanto más diferente sea a mí, más me permite acceder a la experiencia del Totalmente Otro. Por eso, la verdad se busca en primera persona del plural y siempre con

el otro, como alguien digno de ser querido, valorado y reconocido, a pesar de que piense, sienta y viva de manera diferente a la mía.

B) Por otra parte, supone destruir la lógica de la **construcción del enemigo**. Es una lógica que se nutre más de la emoción que de la razón, más de las afecciones irracionales que del relato. Tiene casi todo de irracional, por eso se resiste a ser argumentada. Cristo hizo desaparecer la palabra “enemigo” del diccionario cristiano. Llegó a disculpar a quienes le asesinaban y reservó la categoría enemiga/divisor al diablo mismo. Lo que divide y fractura es, por tanto, siempre obra del Mal. Si hay que deconstruir y eliminar algo es precisamente esa categoría de “enemigo”. Piénsese en como las teorías del “derecho penal del enemigo” han construido la escisión dual entre “personas” y “no personas” (las que no asumen la democracia y la cultura de los derechos humanos) con terroríficas consecuencias.

C) La **polarización** es una bomba de relojería en la cultura del encuentro. Se nutre de la radicalización de posiciones. Su primera desactivación pasa por caer en la cuenta de lo ya visto: el otro no es ni el demonio ni mi enemigo. Piensa y siente diferente debido a dos variables que nos ubican existencialmente y que nos dotan de una utilísima, pero precaria, cartografía para caminar por la vida: nuestra *biografía* (con su correspondiente bibliografía) y *nuestra ideología*. Todo sería más fácil si cayéramos en la cuenta de que la biografía nos viene dada en buena parte por la vida, y que la bibliografía es electiva y que debiera ser muy amplia para abrirse a otras formas de entender la vida. Y que, con esa compleja combinación, construimos nuestra ideología como una suerte de mapa para ubicar nuestro lugar en el mundo y el de los demás. Se entiende con facilidad cayendo en la cuenta de lo determinante que resulta el que a una persona su abuelo lo hubiese fusilado Franco o el bando republicano¹¹. Si no se introduce el humor y la distancia en la biografía y en la ideología se acaban generando peligrosas “trincheras ideológicas” (Orriols)¹².

D) **Eclesialmente hablando la polarización es un pecado contra el E.S. que reclama cultura del encuentro al interno de la Iglesia.** Tenemos déficit de Espíritu Santo en parte porque, con tanto devaneo institucional, no le dejamos actuar y él suele actuar en lo sencillo, lo frágil y lo vulnerable y rehúye de las parsimonias y el poder. Tenemos déficit de E.S. porque la teología no ha hecho un desarrollo sistemático de esta Persona de la Santísima Trinidad, paralelo al esfuerzo de reflexión desplegado en torno al Padre y al Hijo. El Espíritu Santo es el garante de la diversidad, de una “diversidad reconciliada” porque es también el garante de la unidad.

E) Además, como acaba de decir el Papa Francisco, “**la polarización no es católica**” porque cae en el reduccionismo simplista que divide la realidad entre buenos y malos. Una persona cristiana no puede pensar “aut-aut”: la esencia de lo católico es “et-et”. El Papa reivindica que “lo católico une lo bueno y lo no tan bueno. El pueblo de Dios es uno solo. Cuando hay polarización, entra una mentalidad divisoria, que privilegia unos y deja de lado a otros. Lo católico siempre armoniza las diferencias. Si vemos cómo actúa el Espíritu Santo, primero hace el desorden - pensemos en la mañana de Pentecostés, el

¹¹ Muy interesante al respecto, J.C. RÍOS MARTIN, *Biografía de la reconciliación. Palabras y silencios para sanar la memoria*, Comares, Granada, 2018².

¹²En sentido contrario, p.e., la actuación del Melchor Rodríguez “el Ángel rojo” [“morir por ideas, nunca matar por ellas”, “antes que matarlos a ellos me tenéis que matar a mi”], salvando la vida de muchos presos franquistas; en el otro bando, puede citarse al P. Huidobro, capellán de la legión, en trámite de beatificación, que procuraba la atención a los enemigos y preservar su integridad física incluso denunciando malas prácticas a Franco.

lío que se armó allí... Y después produce la armonía"... "El Espíritu Santo en la Iglesia no reduce todo a un solo valor, sino que genera armonía de la diferencia de los opuestos. Y ése es el espíritu católico. Cuanta más armonía con las diferencias y con los opuestos, se hace más católico. Cuanta más polarización, más se pierde el espíritu de lo católico y se cae en espíritus sectarios. De ahí el modo de tratar el pecado en el mundo católico, de manera no puritana. Santos y pecadores, los dos juntos”.

La Guía de trabajo de la Comisión Episcopal para la Pastoral Social y la Promoción Humana se titula “La regeneración de la vida pública”. Presenta como solución frente a la polarización en España el diálogo, la gestación de acuerdos donde todos ceden algo y generar espacios comunes que vinculen más allá de las diferencias. En el fondo, se trata de superar desde la síntesis, siempre compleja, la polarización entre identidad vs. misión, objetivismo vs. subjetivismo, materialismo vs. idealismo, mística vs. compromiso, evangelización vs. sacramentalización... Seguramente sea la hora de la síntesis y no se trate de ser místico o comprometido, dar testimonio o celebrar los sacramentos. Es momento de síntesis que requiere el concurso de factores no excluyentes que eviten la fragmentación del hecho cristiano.

Con San Ignacio de Loyola “**salvar la proposición del prójimo antes que condenarla**” supone **no excluir** a priori, escuchar y tratar de entender. Si eso se dice de una proposición, que puede ser debatible, mucho ms se debe afirmar de las personas, las cuales deberán ser siempre respetadas Cf. *Pacem in terris* 158, cuando distingue hermosamente entre el error y la persona que lo profesa.

La apuesta de la Iglesia ha de ser generar espacios de confianza en los que se puedan abordar temas polémicos, concurrendo posiciones diversas. Señalo telegráficamente solo unos pocos. Esa es la invitación sinodal. Pero también de otras experiencias como la Academia de Líderes Católicos que, en septiembre de 2021, congregó a dirigentes políticos de distintos países con posiciones muy diversas. Políticos católicos de todo el espectro político llegaron a firmar un documento para dignificar la acción política, procurar el bien común y la justicia social. Por su parte, Pacto de Convivencia, integrada por muchos estamentos de la sociedad civil (entre los que se cuenta el arzobispado de Madrid) se preocupa por desmontar los discursos de odio y favorecer la convivencia y la tolerancia social. Finalmente la Comisión de Comunión eclesial viene desarrollando un taller de deconstrucción del enemigo.

V.- CONCLUSIÓN: CAMINEMOS EN ESPERANZA

El momento que vivimos es convulso, complejo y apasionante, dentro y fuera de la Iglesia. Las mujeres y los hombres creyentes descubrimos este tiempo presente como “kairós” de Dios. Sus circunstancias objetivas los hacen fascinante, pero es que, además de ese dato de realidad objetivo, sabemos bien que Dios nos ha colocado aquí y ahora para leer los signos de los tiempos y multiplicar señales que ayuden a visibilizar a nuestro Dios y su voluntad de paz y reconciliación.

La esperanza es virtud teologal y, por tanto bebe de la experiencia de Dios y se nutre de su acción amorosa; de esa divina acción entrañable que presiona, discretamente, para que realicemos su sueño, mientras otorga un horizonte infinito a la vida del ser humano y pone por meta y término a Dios mismo. Por eso, la esperanza cristiana no se confunde con un sucedáneo: el optimismo. Éste último se asienta en señales, indicadores y datos objetivos. Por el contrario, la esperanza es capaz de soportar el invierno más duro en

ausencia de signos, sin nada que aparentemente la aliente y sin dato alguno que la sostenga¹³.

Es muy clarificadora la encíclica *Spe salvi*. Nos invita a no confundir la “gran esperanza”, que es Dios, y las “pequeñas esperanzas”, que constituyen señales, a veces confusas, a veces poco persistentes, pero siempre estimulantes en la subida a Jerusalén.

Así, fiados solo de la “gran esperanza” y no agarrados a las pequeñas certidumbres, podremos quitar de nuestra Iglesia y de nuestras instituciones -son palabras del Papa Juan XXIII- el polvo imperial acumulado durante siglos. Estoy convencido que si nos cuesta desapegarnos de las piedras, de las obras, del poder, de la influencia, del reconocimiento... por falta de fe y de confianza en Dios, el Señor del tiempo, el único dueño del futuro, el garante exclusivo de nuestra esperanza.

Dios es la esperanza de los pobres. Por ello, tendremos que ponernos muy cerquita y arrimarnos **mucho a ellos para que podamos experimentar a Dios como nuestra esperanza. De** espaldas al dolor de los pobres y a la injusticia que soportan, ajenos al conflicto que padecen, no cabe experiencia del Dios revelado en Cristo ni esperanza alguna.

Concluyo con Francisco, después de la catástrofe de la Covid, abriendo portillos a la esperanza en medio de la cruel realidad: “Invito a la esperanza que nos habla de una realidad que está enraizada en lo profundo del ser humano independientemente de las circunstancias concretas y los condicionamientos históricos en que vive. nos habla de una sed de una aspiración de un anhelo de plenitud, de vida lograda de un querer tocar lo grande lo que llena el corazón y eleva el espíritu hacia cosas grandes, como la verdad la bondad y la belleza, la justicia y el amor [...]. La verdad es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna. Caminemos en esperanza (FT 55).

¹³ A este tema dedicó hace años un memorable retiro de Adviento en el Instituto Superior de Pastoral Jesús Burgaleta.